

Nomás pa' que te lo sepas

Cleone Valadez

No te lo cuento porque mi boca está llena de tierra, los gusanos han comenzado a llenar mis tripas, y mis manos están amarradas. Pero, eso sí, mis piernas quedaron bien abiertas. Mi historia no te interesa; nomás quieres conocer los detalles de mi muerte, por metiche; pa' decir que yo me lo busqué, que fue mi culpa. Yo soy todas las mujeres que ves pa' bajo o que de plano ni miras, porque no te importan, y que te ensucian el barrio y apestan a la mismísima mierda. Nuestra vida es corta e insignificante. Andamos de putas porque no tenemos na' que vender más que nuestro cuerpo. No sabemos escribir ni hablar ni nada. Nomás tenemos chiches, culo y una rajada.

Tendría unos cinco años cuando Juancho, el amigo de mi carnal, me obligó a chupársela. Tan como pude le conté a mi jefa, y prontito me dio mis chingadazos por andar de ofrecida. Así aprendí a quedarme callada; mejor que no se entere la doña. Hubo veces que ya ni me asustaba. Cuando los viejos me tocaban me quedaba esperando a ver si alguno me hacía algo que me gustara. Ya a los catorce me entendía muy bien con la riata: cómo sabía, a qué olía, cómo se sentía y la fuerza con que me atravesaba.

Me fui con el primer valiente: el Iker, uno de esos hombres que la levantan a una de la basura. Yo ya tenía una niña de un año, y él como que se emocionaba hartito con la idea de ser papá. Me pintó una vida de recaché, acá toda de lujos; me decía que tenía su propia casa. Hasta mi jefa me decía que no perdiera la chance, que no la fuera a cagar.

Yo estaba contenta; yo era la gaviota, y el Iker, mi salvador. Y mira que nos llevó a un cuartucho todo sucio y apestoso; las paredes sin pintura; el techo de lámina agujereado por todos lados. Había ropa usada, vieja y mugrienta, pero no la tiramos, porque cuando hacía frío nos la echábamos encima como si fueran cobijas. El suelo era de tierra y se había puesto duro con puros miados. Los trastes siempre estaban cochinos porque, aunque yo sabía fregarlos, nunca había agua.

Los dos trabajamos en el campo. Su paga era para el vicio: el cristal; y lo mío, para pagar las cuotas. Lo chido de andar drogados es que no te da hambre y que uno se siente sin miedo. Luego llegó el otro niño, y antes que él, las putizas. Me pegaba porque sí y porque no. Me quise regresar pa'l rancho, pero mi jefa ya tenía a otro bato y no me quiso de vuelta. Me dijo que me pusiera trucha, que ya me había tirado paro de niña, pero que ahora nomás no podía. Le pedí que aceptara de perdis a la Kimberly: aunque sea a la niña, le rezongué. Pero no quiso.

La cosa se puso pior: al Iker le daba por agarrar el vicio y poner porno, y siempre terminaba agarrándome frente a los niños. Después el niño agarraba así mismito a la niña. Y me daba

un chingo de coraje porque el Iker aplaudía, diciendo ese es mi hijo. A veces el Iker se pasaba de verga y le decía a la Kimberly que era su novia, y que cuando fuera grande se iba a casar con ella. Vas a decir que yo soy la culera, pero te juro por esta que la defendí. Se la escondía cuando llegaba y la recomendaba con la señora de al lado. Unas veces ni se daba cuenta de su ausencia y otras me arrimaba mis putazos por no tenerla en la casa. Ni yo ni mi cuerpo aguantaban, y los niños se me miaban del miedo que le tenían.

El pinche Iker empezó a quitarme toda la paga. Y cuando a los críos les dolía hartito la panza, les daba chemo para que no estuvieran chingando con que tenían hambre.

La neta sí quise agarrar el pedo y largarme pa' otro lado. Pero ya en la noche, como no había donde quedarnos, terminaba regresándome con él. Y me iba peor. Luego ya bien jodida me convidaba del foco y se me olvidaban el dolor, las ideas, la carne, el frío.

Había veces que veía los ojos de los niños. Me acordaba de otra racita que va al parque y alucinaba su vida: qué se sentirá ir a comprar una nieve y tener pa'l elote y pa' los tacos también; andar bañados, con buenas garras y unos zapatos bien charoleados; en sus trocas. Es como si nosotros fuéramos de otro mundo.

Un día el Iker no regresó. No me preguntes qué le pasó, porque nomás no llegó. A veces así le hacía unos días. Pero ya llevaba hartito tiempo y terminé por creer que había quedado por allí tirado. Yo me metí a jalar. Los niños se quedaban solos. Cuando me iba bien, hasta hamburguesas les llevaba. A veces se me pasaba el vicio y me robaban la feria. Luego se me hizo más suave prestar el culo por unos cien pesos o por unos tacos. Hay viejas que pueden cobrar mejor. Una es como las vacas: tu carne tiene un precio. Yo la neta les pedía de a cien y agarraba a puros puercos, apestosos del culo y del hocico, que me llenaban de leche todos los orificios. Hice de todo; algunas cosas bien raras. No es tan fácil como que hoy eres puta y ya: es como cualquier mercado y tienes que pagar el derecho de piso. Lo que sí es que se gana más dinero y más rápido que en el campo.

Un día llegó al putero el señor que me dijeron que era mi padre. Yo me le acerqué y quise que me re-

conociera. Hasta me imagine que podíamos irnos a vivir con él. Pero se hizo pendejo. Lo que sí es que me dio trescientos por una mamada. Ese día me puse a llorar; me acordé que de niña yo quería ir a la escuela, que tenía sueños. Me limpié los mocos y saqué otros dos jales. Luego me regresé pa' la chante. Los niños no estaban; la seño' de al lado me contó que mi 'amá se los había llevado. Yo me sentí aliviada: que se vayan, que esta mierda está peor que allá. Al mes les di una vuelta, y mi jefa me dijo que los iba a mandar a la escuela, que nomás les ayudara con algo de paga, que ella estaba sola y que había puesto una mesa de dulces, que le iba bien, que salía pa' la comida y que mi hermano le estaba mandando pa' poner un baño, y que hasta ropa les iba a mandar. La neta se me hizo fácil, porque hasta sí andaban más limpios, y andaban riéndose. Yo ya ni me acordaba cómo suena un niño contento. Le dejé los trescientos que traiba. A la sorda me quise acomodar, pero prontito me dijo que ya me juera o que el camión me iba a dejar.

De regreso me dieron rait unos cabroncitos que se veían de dinero: traiban tenis de los buenos. Me ofrecieron cervezas. Yo me sentí a todo dar, como que había subido de nivel. Luego uno me empezó a agarrar la panocha, y otro a sacarme una chiche. Después eran tantas manos que, aunque ya andaba de a tiro en cueros, me sentía vestida. Yo nomás les decía: eh, nomás que uno por uno, no sean ojetes. Uno dijo queapestaba a rancho, y entonces decidieron violarme con un palo, porque les daba asco meter sus pitos en mi cuerpo. A luego luego mi cuerpo empezó a sangrar. Les dije muchas veces que me dejaran ir, pero la voz de una como yo no se escucha, la voz de una es como el ruido que hacen los zancudos: la quieres apagar. Luego todo se quedó silencio, en un oscuro total. Uno de los cerdos bien vestidos me amarró las manos, otro me puso tierra en la boca, y otro grabó con su celular. Todos se reían, me pegaban, me jodían.

Vas a decir que es mi culpa, que yo me lo busqué; pero nomás pa' que te lo sepas: de este lado hay chingos de viejas, unas son hasta doitoras, monjas, bebés, niñas, maestras; acá estamos todas y a todas nos cargó la chingada.